

Poggio a Caiano, casa de campo de los Médicis, donde se reunía la Academia platónica.

El Renacimiento italiano en el siglo XV

Ya hemos visto como el humanismo del siglo XIV trajo consigo un deseo de hacer revivir la mentalidad clásica. Petrarca, escribiendo cartas a Homero, quería asemejársele en lo posible; Cola di Rienzo, admirando a Bruto y César, creía ser más romano que los próceres que le observaban desde las siete colinas. Pero Rienzo y Petrarca eran menos griegos y menos romanos precisamente porque querían romanizarse o helenizarse. Este sentido arqueológico de la vida, esta erudición del Renacimiento, no tenían nada de clásico. Como dirá Goethe, "los antiguos eran modernos cuando vivían". Sin embargo, el espíritu humano a veces hace sus mayores progresos por los más extraviados caminos. Para conocer a aquellos griegos y romanos, admirables capitanes, estadistas y poetas, hacía falta desenterrar mármoles y descifrar manuscritos, aprender lenguas muertas, estudiar, investigar y comparar. Y he aquí el verdadero renacimiento: no de lo que renació (que no renació nada), sino de las facultades puestas en juego para hacer renacer, que se avivaron con aquel esfuerzo de la mente.

Por lo pronto, hubo que aprender el griego, que muy pocos entendían en el Occidente latino en tiempos de Rienzo y Petrarca. El primer maestro de griego que llegó a Italia era un bárbaro calabrés llamado Pilato, que había residido algún tiempo en Constantinopla. Hizo, para Petrarca y Boccaccio, una deplorable traducción de Homero en prosa latina.



Cuadro III de la "Historia de Nastagio degli Honesti", por Botticelli. Esta historia es uno de los cuentos del "Decamerón" de Boccaccio, serie de cien narraciones de asunto por lo general escabroso, pero expuestas con una ingenuidad que sorprende por lo pulcra. Esta serie, realizada por el gran pintor Botticelli, es una prueba del favor de que gozó la obra del literato entre los hombres de su época.

Mucho más culto era ya Manuel Crysoloras, de Bizancio, a quien los florentinos hubieron de llamar para que enseñara griego en su universidad. Residió en Florencia tres años, desde el 1397 al 1400, despertando tal entusiasmo, que sus discípulos aseguraban que cada noche solían soñar lo que habían aprendido aquel día. Uno de ellos, Leonardo Bruni, intentó traducir fragmentos de Platón, Aristóteles, Demóstenes y Plutarco. Desde entonces Florencia se puso a la cabeza del movimiento de restauración de los estudios griegos. A Crysoloras sucedió un tal Argyrópulos, que enseñó griego en Florencia por espacio de quince años. Análogo interés se contagió a otras ciudades de Italia. En Roma un aventurero, Jorge Trapezus, tradujo algunos de los Padres de la Iglesia griega y algo de Aristóteles; pero debió de ser erudito de pocos escrúpulos porque, en el texto de Aristóteles, hizo que éste citara a Cicerón. Trapezus tradujo también las *Leyes* de Platón, tan de corrido y tan mal, que otro griego de Roma, el cardenal Bessarión, dijo que en la traducción se habían deslizado tantos errores como palabras contenía. A mediados del siglo XV se enseñaba el griego en Padua y Venecia, pero tan sólo en Florencia se estudiaba el griego como el verdadero camino de salvación, como el principio de una nueva y esplendorosa era, como la única manera de conseguir una vida civilizada.

Simultáneamente se hacían esfuerzos para depurar el latín y devolverle la claridad y belleza de los modelos clásicos. Se admiraba a Plinio el Joven por sus cartas. Cicerón especialmente era el juez supremo; en casos de duda, un texto de Cicerón equivalía a una sentencia. A mediados de siglo, Lorenzo Valla escribió su tratado *De Elegantiis Latinae Linguae,* que alcanzó sorprendente popularidad. Trataba de delicadezas de frase, de puntos de gramática, de sinónimos. El libro de Valla estaba todavía de moda al introducirse la imprenta en Italia. Acaso su dominio del latín hizo que Lorenzo Valla se atreviera a señalar los puntos flacos del famosísimo documento llamado *La donación de Constantino.* Con *La donación* se había tratado de justificar, en la Edad Media, el derecho de los obispos de Roma al territorio pontificio; pero señal irrefragable de que habían empezado nuevos tiempos fue que, al probar Valla la falsedad de *La donación,* en lugar de ser excomulgado, se le nombró oficial de la curia romana.

He aquí ya la crítica literaria y filológica empezando su moderna etapa. El tratadito analítico de Valla era una obrita insignificante, y el punto debatido de poca importancia, pues nadie iba a disputarle al papado

sus derechos sobre Roma y su territorio, pero Valla probó que los helenistas y latinistas de su época podían hacer algo más que leer los clásicos: eran capaces de analizarlos, con espíritu independiente de la autoridad establecida por la tradición. Pronto se empezó a notar que la mayoría de los textos (aun de autores relativamente modernos, como Dante) habían sido adulterados y convenía cotejar los manuscritos para restablecer fielmente el texto original.

Además, los eruditos florentinos emprendieron búsquedas y exploraciones en archivos y bibliotecas para descubrir antiguos manuscritos, que revelan ya el mismo ardor de investigación de los críticos de nuestros días. Cuando Boccaccio visitó Montecassino, la gran abadía benedictina, porque de ella se hablaba en *La Divina Comedia,* quiso ver la biblioteca, pues sabía que contenía cosas muy notables. "Puedes visitarla –le dijo un monje–; la encontrarás abierta." Boccaccio, con asombro, vio que la biblioteca de Montecassino era una estancia donde crecía la hierba, y que los libros, en el mayor desorden, estaban cubiertos de polvo; algunos habían sido destrozados, para recortar el pergamino en pequeños trozos donde escribir oraciones. Esto es sólo un aspecto del humanismo de Boccaccio. Además de su amor a la cultura, superior al de las gentes de su época, Boccaccio fue realmente genial en concebir la variedad de la naturaleza huma-



Giovanni Boccaccio (Galleria degli Uffizi, Florencia). Este escritor italiano, de azarosa vida, es, junto con Petrarca, el máximo literato del primer renacimiento italiano. Sus poesías amatorias, como las dedicadas a* Fiammetta, *y sus prosas italianas ("Decamerón", "Corbaccio") y en latín ("De claris mulieribus") le convierten en un clásico de todos los tiempos.

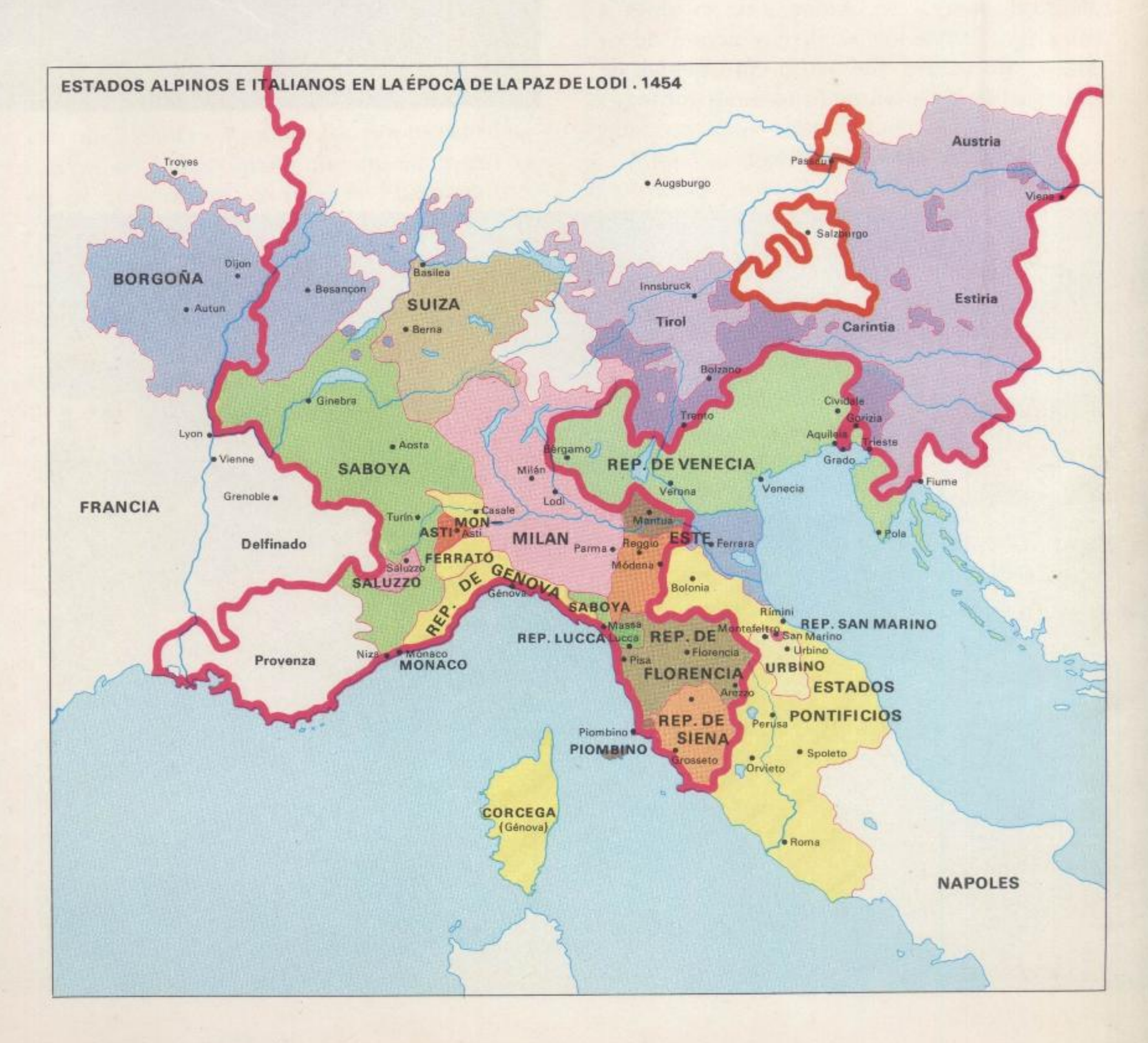


El famoso Ponte Vecchio de Florencia, la ciudad de la erudición y el arte renacentistas.



Cosme de Médicis representado como un rey mago en la decoración de Benozzo Gozzoli de la capilla del palacio Medici-Riccardi, en Florencia. Cosme de Médicis fue el gran mecenas florentino; reunió una gran biblioteca, fundó la Academia platónica y formó un círculo de excelsos artistas.

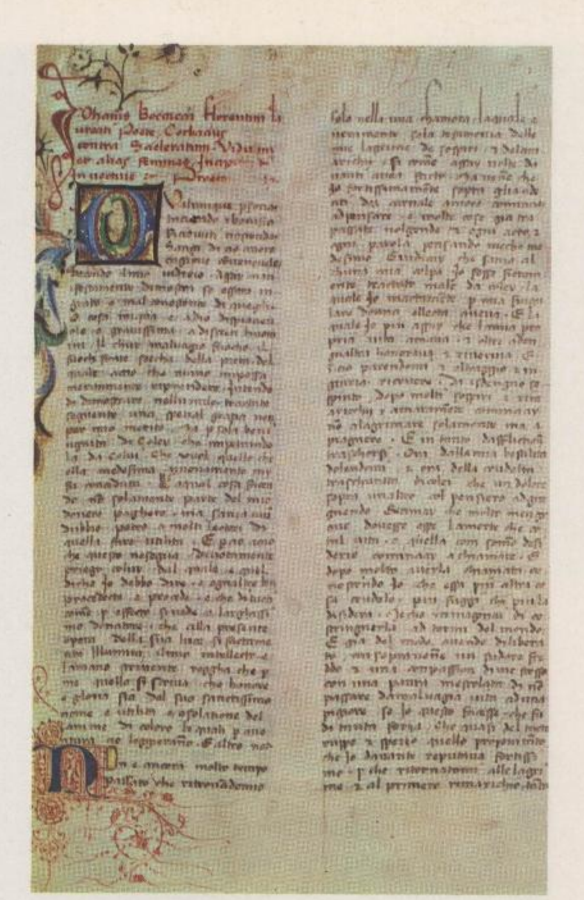
na. Su modernidad se hace patente si le comparamos con Petrarca. En las canciones de Petrarca, el poeta y su adorada son todavía prototipos del hombre y la mujer en un estado de elevación moral que no se da en la vida sino con grandes intermitencias. Pero Boccaccio en sus escritos, especialmente en el *Decamerón,* introdujo el hormiguero de los humanos, cada uno con su individualidad diferenciada. Esto es lo que hace tan moderno al *Decamerón,* libro de relatos, algunos de ellos vulgares, otros casi obscenos, que, no obstante, representa un gran progreso en la historia de la humanidad por su eclecticismo estético. En realidad, el *Decamerón* es un clá-



La primera mitad del siglo XV presencia en Italia y los Alpes la consolidación de algunas fuerzas que van a desempeñar un importante papel en la historia moderna: la política de redondeamiento territorial en los estados italianos llega a un equilibrio estable en la paz de Lodi (1454). Venecia, Milán, Florencia, los estados pontificios y Nápoles son las cinco grandes potencias. Saboya, con la posesión de Niza, llega al Mediterráneo y se afianza lentamente, aunque va a tener que retroceder ante Suiza por el Norte. Con ello (siglo XVI), la vocación italiana de Saboya se verá confirmada. Sin contacto directo –y en fricción– con estos dos países se halla Borgoña, núcleo meridional del vasto estado de los grandes duques de Occidente. Al norte de Venecia se va edificando el poder territorial de los Habsburgos, que serán en el siglo XVI la potencia dominante en esta parte del mundo.

sico de la humanidad renaciente. Luciano y Apuleyo lo habrían admirado, mientras que hubieran hallado incomprensible la *Comedia* de Dante y monótonas las *Canciones* de Petrarca.

Otro ejemplo del poco respeto con que se conservaban los antiguos libros en los conventos, al final de la Edad Media, es el que cuenta el erudito florentino Poggio Bracciolini, en una carta en que explica cómo descubrió un manuscrito de Quintiliano en la abadía de Saint-Gall, en Suiza. "El monasterio de Saint-Gall –dice Poggio en su carta– queda a unas veinte millas de distancia de la ciudad. Fui allí en parte para distraerme, en parte para ver si había libros. En la biblioteca, llena de polvo y suciedad, encontré el texto de Quintiliano entero y en buen estado. Los libros estaban en la sala baja de una torre oscura y húmeda que debió de haber servido de cárcel en la Edad Media." Parecióle a Poggio que el manuscrito de Quintiliano le llamaba, tendiéndole las manos: "Magnífico, pulcro, elegante y urbano, Quintiliano no podría haber resistido mucho más tiempo la infame prisión en que le habían encerrado, ni la salvaje incuria de sus carceleros ni la



Página de un manuscrito italiano que contiene el "Corbaccio" de Boccaccio (Biblioteca Central, Barcelona). El "Corbaccio" es una virulenta sátira contra el sexo femenino.

RENACIMIENTO

El Renacimiento no es reflejo de un renacer de toda la sociedad en todos sus aspectos, sino que, por el contrario, es un hecho cultural de gran magnitud, cuyos efectos actúan cada vez con mayor fuerza, con repercusiones cada vez más amplias, pero en forma gradual y a medida que avanza el tiempo.

El verdadero sentido del término Renacimiento se encuentra únicamente en el terreno de la cultura: es un hecho de cultura, una concepción de la vida y de la realidad, que actúa en las artes, en las letras, en las ciencias y en las costumbres, sin que a este florecimiento cultural le corresponda ningún momento feliz ni en política ni en economía. A la par que en todas las cortes italianas la pintura, la escultura y la arquitectura alcanzan su máximo esplendor, al mismo tiempo que la producción literaria se hace cada vez más refinada y se formulan ideales educadores de singular altura, la economía ciudadana sufre grandes sacudidas, el desarrollo industrial queda estancado, la libertad comunal desaparece y la Iglesia se corrompe cada vez más.

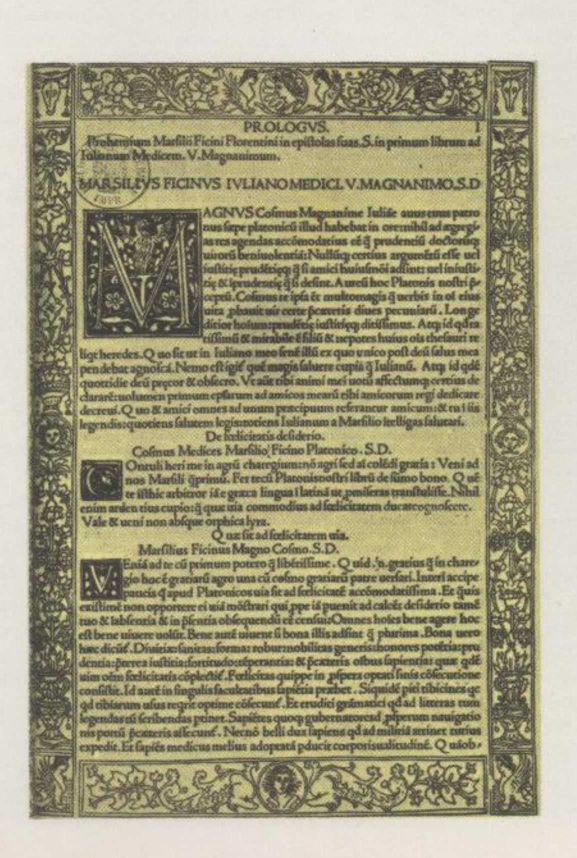
En otras palabras, si se quiere hablar de renacer, de despertar, de vida nueva, y precisamente en Italia, donde el fenómeno nació y se desarrolló de manera más vistosa, hay que hacerlo únicamente en el terreno cultural: esta renovación positiva parece actuar sólo en este sentido, sin inmediata correspondencia con otros planos en los que existen cambios y a veces muy profundos, pero no todos, o al menos en aquel momento, positivos.

De hecho el mundo que se refleja en las grandes obras o en las grandes figuras del primer Renacimiento es un mundo más a menudo trágico que alegre, más a menudo duro y cruel que pacífico, más enigmático que límpido y armonioso. Leonardo de Vinci está obsesionado por visiones catastróficas y fija en sus dibujos y descripciones un universo que muere. Alberti nos habla de la ciega fortuna que ataca y aniquila la virtud de los hombres y de las familias. Maquiavelo es el teórico de una humanidad radicalmente mala, empeñada en una lucha sin piedad y enfrentada siempre a soluciones crueles. Savonarola y Miguel Angel están llenos ambos, si bien en forma distinta, de un sentido trágico de la vida y de la historia, y es que la vida y la historia del siglo xv, tan rico en documentos que prueban la grandeza del hombre, eran verdaderamente trágicos en una Italia devastada por las continuas guerras, ensangrentada por conjuras, con príncipes que asesinaban o eran asesinados, con capitanes de ventura que en su vertiginosa escalada accedían a los tronos para ser depuestos con igual velocidad, con tenebrosísimas figuras de papas, cuya diplomacia, cada vez más sutil y astuta, no llegaba a colmar las exigencias de su mente aguda, mientras los principales estados veían como se resquebrajaba su poder, se debilitaba el comercio, se agotaban las fuentes de riqueza.

La grandeza trágica de Miguel Angel y el desencantado realismo de Maquiavelo constituyen, más que la gracia mórbida de Rafael o el refinamiento de Castiglione, la expresión emblemática de una civilización que buscaba refugio en el mundo de los cuadros de Botticelli o de los versos de Poliziano, y olvido en la irónica nostalgia de la poesía épica; de un mundo que quería aprovechar la juventud, la alegría, porque no tenía fe en el sombrío porvenir. "Cuán bella es la juventud, esta juventud que se va. Quien quiera ser feliz, séalo; el mañana es inseguro", cantaba Lorenzo el Magnífico.

H.P.

Francesco Filelfo presenta una de sus obras a Alfonso V el Magnánimo (miniatura de un manuscrito que perteneció a la biblioteca de este rey; Biblioteca Universitaria de Valencia). Filelfo fue uno de los primeros italianos que aprendieron el griego, para lo cual pasó a Constantinopla. Volvió trayendo consigo gran número de manuscritos y un catálogo de libros existentes en las bibliotecas bizantinas.



PROLOGVS. I

Prohemium Marsilii Ficini Florentini in epistolas suas. S. in primum librum ad Iulianum Medicem. V. Magnanimum.

MARSILIVS FICINVS IVLIANO MEDICI. V. MAGNANIMO. S. D.

MAGNVS Cosmus Magnanime Iuliane auus tuus patronus saepe platonicũ illud habebat in ore: nihil ad aggregias res agendas accõmodatius eẽ q̃ prudentiũ doctorũq; uirorũ beniuolentiã: Nullũq; certius argumẽtũ esse uel iustitię prudẽtięq; q̃ si amici huiusmõi adsint: uel iniustitię & iprudentię q̃ si desint. Aureũ hoc Platonis nostri pceptũ. Cosmus re ipsa & multomagis q̃ uerbis in oĩ eius uita pbauit uir certe pceteris diues pecuniarũ. Longe ditior hoĩum prudẽtię iustitięq; ditissimus. Atq; id qd rarissimũ & mirabile ẽ filiũ & nepotes huius oĩs thesauri reliqt heredes. Quo fit ut in Iuliano meo sentĩ illũ ex quo unico post deũ salus mea pendebat agnoscã. Nemo est igit quẽ magis saluere cupiã q̃ Iulianũ. Atq; id qdẽ quottidie deũ precor & obsecro. Vt aũt tibi animi mei uotũ affectumq; certius declararẽ: uolumen primum epſarum ad amicos meorũ tibi amicorum regi dedicare decreui. Quo & amici omnes ad unum pręcipuum referantur amicum: & tu i his legendis: quotiens salutem legis: totiens Iulianum a Marsilio itelligas salutari.

De fœlicitatis desiderio.

Cosmus Medices Marsilio Ficino Platonico. S.D.

COntuli heri me in agrũ charegium: nõ agri sed aĩ colẽdi gratia: Veni ad nos Marsili q̃primũ. Fer tecũ Platonis nostri librũ de sũmo bono. Quẽ te isthic arbitror iã e graeca lingua i latinã ut pmiseras transtulisse. Nihil enim ardentius cupio: q̃ quae uia commodius ad fœlicitatem ducat cognoscere. Vale & ueni non absque orphica lyra.

Quae sit ad fœlicitatem uia.

Marsilius Ficinus Magno Cosmo. S.D.

VEniã ad te cũ primum potero q̃ libẽtissime. Quid.n. gratius q̃ in charegio hoc ẽ gratiarũ agro una cũ cosmo gratiarũ patre uersari. Interi accipe paucis q̃ apud Platonicos uia sit ad fœlicitatẽ accõmodatissima. Et q̃uis existimẽ non oportere ei uiã mõstrari qui pPe iã puenit ad calcẽ: desiderio tamẽ tuo & iabsentia & in pñtia obsequendũ eẽ censui: Omnes hoĩes bene agere hoc est bene uiuere uolũt. Bene autẽ uiuent si bona illis adsint q̃ plurima. Bona uero haec dicũt. Diuitiae: sanitas: forma: robur: nobilitas generis: honores potẽtia: prudentia: pterea iustitia: fortitudo: tẽperantia: & pceteris oĩbus sapientia: quae qdẽ uim oẽm fœlicitatis cõplectit. Fœlicitas quippe in pspera operati finis cõsecutione consistit. Id autẽ in singulis facultatibus sapiẽtia praebet. Siquidẽ periti tibicines ea qd tibiarum usus reqrit optime cõsecunt. Et erudici grãmatici qd ad litteras tum legendas tũ scribendas ptinet. Sapiẽtes quoq; gubernatores ad psperum nauigationis portũ pcaeteris assecunt. Necnõ belli dux sapiens qd ad militiã attinet tutius expedit. Et sapiẽs medicus melius adoptatã pducit corporis ualitudinẽ. Quaob-

Página de las "Epístolas" de Marsilio Ficino, impresas en 1495 (Bibliothèque Nationale, París). El humanista Marsilio Ficino fue educado especialmente para entender la filosofía griega y se dedicó activamente a la traducción de obras de aquel idioma.

bajeza del lugar". Poggio copió el manuscrito de Saint-Gall en treinta y dos días, remitiendo inmediatamente el precioso texto al canciller florentino Leonardo Bruni; éste diole las gracias en una carta en que se leen párrafos como el siguiente: "Como Camilo fue llamado el segundo fundador de Roma, vos podéis recibir el título de segundo autor de estos libros que habéis descubierto. Gracias a vos, tenemos ahora a Quintiliano completo; antes poseíamos sólo la mitad del texto, y aun corrompido y defectuoso. ¡Oh, preciosa adquisición!"

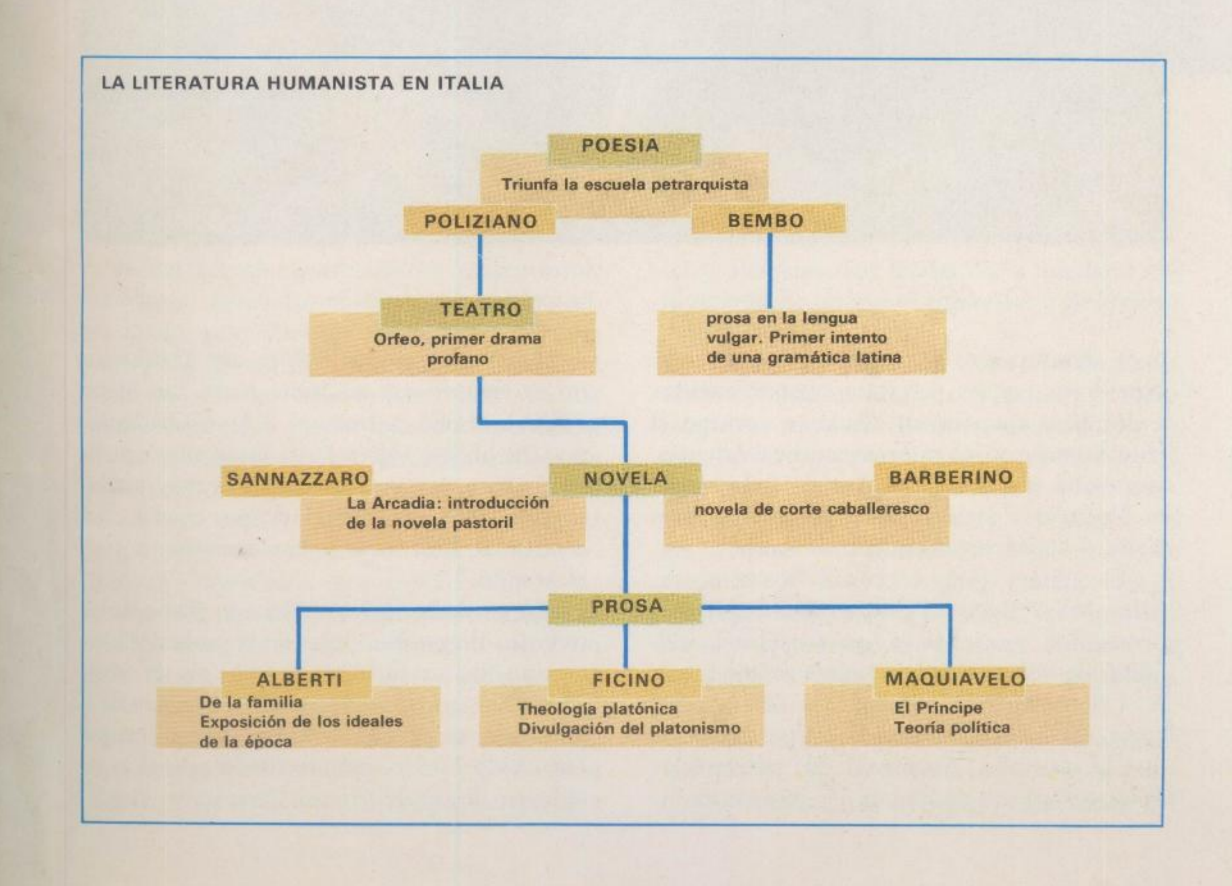
Poggio descubrió y copió también los manuscritos de Lucrecio, Columela, Silio Itálico y Vitruvio. En la catedral de Langres encontró un nuevo discurso de Cicerón, y en la librería de Montecassino, manuscritos de Frontino, Amiano Marcelino, Probo y Eutiques. A veces se hacía dar o vender los originales, pero en una carta a un amigo suyo de Florencia, Poggio explica cómo trató de sobornar a un monje de Hersfeld para que, fraudulentamente, le procurara manuscritos

CRONOLOGIA ESENCIAL DEL CUATROCIENTOS FLORENTINO

1403 Ghiberti empieza los bajos relieves del baptisterio de Florencia.
1404 "Porta della Mandorla" en Santa Maria dei Fiori.
1406 Pisa cae bajo el dominio de Florencia.
1409 Concilio de Pisa: cisma tricéfalo.
1410 Donatello: **San Marcos.**
1416 Donatello: **San Jorge.**
1418 Brunelleschi: Proyecto de la cúpula del Duomo.
1422 Masaccio: Frescos de la capilla Brancacci.
1431 L. della Robbia: **La cantoria.** Lorenzo Valla: **De voluptate.**
1434 Cosme de Médicis toma el poder.
1438 Fra Angelico comienza los frescos de San Marcos.
1440 Brunelleschi: Palazzo Pitti. Michelozzo: Palazzo Medici.
1444 B. Rosellino: Sepulcro de Leonardo Bruni. Lorenzo Valla: **Aelegantiae linguae latinae.**
1447 Donatello: **Gattamelata.**
1453 Piero della Francesca comienza los frescos de Arezzo.
1454 Paz de Lodi.
1456 Marsilio Ficino: **Institutiones Platonicae.**
1458 Eneas Silvio, papa (Pío II).
1459 Benozzo Gozzoli: Decoración de la capilla de los Médicis.
1464 Fundación de la Academia Platónica.
1467 F. Filippo Lippi: **Coronación de la Virgen.**
1468 Benozzo Gozzoli: Pinturas del Campo Santo de Pisa.
1475 Verrocchio: **David.**
1477 Botticelli: **La Primavera.** Conjuración de los Pazzis.
1483 Verrocchio: **Duda de Santo Tomás.**
1486 Ghirlandajo: Frescos de Santa Maria Novella.
1490 Savonarola, prior de San Marcos.
1491 Ghirlandajo: **Visitación.**
1492 Muerte de Lorenzo el Magnífico.

de Livio y Amiano Marcelino. De una manera especial, era por entonces deseadísimo un manuscrito de Livio con el texto completo. A mediados del siglo llegó a Roma un danés que aseguraba que en un convento cerca de Röskilde se custodiaba el tan codiciado texto de las perdidas *Décadas* de Livio. Al enterarse Poggio de ello, no paró hasta que hizo enviar por el papa una persona a Dinamarca, para comprobar lo que se decía. Por su parte, Cosme de Médicis encargaba a su agente en Lübeck que tratara a toda costa de adquirir el misterioso manuscrito de Röskilde. Pero ni el agente del papa ni el de los florentinos pudieron encontrar lo que falta todavía del texto de la *Historia Romana* de Livio.

Igual o mayor esfuerzo se hacía en Florencia para conseguir manuscritos griegos. Constantinopla estaba todavía en poder de los cristianos y era naturalmente el lugar adonde acudían los florentinos para adquirir libros. Se cuenta que un florentino, Giovanni Aurispa, regresaba de Constantinopla con 238 manuscritos griegos, y como perdiese una parte de ellos en un temporal, del disgusto se le volvieron blancos los cabellos. Los eruditos florentinos se esparcieron por toda Italia; eran solicitados, por su elegante estilo,





Lorenzo el Magnífico, por Vasari (Galleria degli Uffizi, Florencia). Era nieto de Cosme de Médicis y había heredado de su abuelo las mismas aficiones que aquél por la cultura.

para desempeñar el cargo de secretarios o cancilleres, se les pagaban buenos sueldos, y doquiera que fuesen, llevaban consigo el entusiasmo por los nuevos estudios. Además, empezaba a aparecer en Florencia el *mecenismo* literario y artístico que los Médicis, más tarde, practicaron en tan grande escala.

El primer gran mecenas florentino fue Palla de los Strozzi, de quien dice uno de sus protegidos "que envió a buscar a Grecia infinidad de volúmenes que antes no teníamos. A él debemos que se haya salvado la *Cosmografía,* de Tolomeo, con el mapa o pintura que la ilustraba. Asimismo nos procuró las *Vidas* completas de Plutarco y una copia íntegra de Platón. La *Política,* de Aristóteles, no se encontraba en Italia hasta que Micer Palla la envió a buscar". "Apasionadísimo por los libros, Micer Palla mantenía copistas en su casa, y con ellos fundó la más notable librería en Santa Trinidad, que estaba en el centro de Florencia y era accesible a todo el mundo."

De no haberse formado este grupo de estudiosos florentinos antes de la caída de Constantinopla, se hubiera corrido grave riesgo de perder no poco de lo que sobrevivía de la literatura griega. Un erudito de este grupo, Francesco Filelfo, emparentado con el ya citado profesor de griego Crysoloras, pasó a

Constantinopla y allí redactó un catálogo de los libros que vio en las bibliotecas bizantinas hacia el año 1425. En la lista de Filelfo ya no encontramos más que siete dramas de Eurípides; cataloga los historiadores griegos que tenemos hoy, y no más, con algunos poetas y oradores; pero no aparece allí ni un solo autor que hoy no tengamos; evidentemente, los helenistas de Florencia consiguieron todo lo que se podía obtener en Constantinopla antes de la toma y saqueo de la ciudad por los turcos. Filelfo regresó a Italia por la vía de Hungría, llegando a Venecia con su colección de manuscritos griegos el año 1427. Era todavía algo temprano para Venecia, y no encontrando allí comprador, Filelfo pasó a Bolonia y después a Florencia. En Florencia logró vender su colección, pero se peleó con Poggio y tuvo que marcharse, vagando errante por Italia hasta que en 1453 el papa Nicolás V le llamó a Roma.

El comercio de manuscritos labró la fortuna de algunos, pero también arruinó a otros que se apasionaron por coleccionar sin tener suficientes recursos. El más famoso de estos coleccionistas, casi maniático, que tantos servicios prestaron a la causa del Renacimiento, fue el florentino Niccolò de Niccoli, que llegó a reunir ochocientos libros: probablemente la mayor biblioteca poseída por un particular en el siglo XV. Uno de sus libros era un manuscrito griego con siete tragedias de Sófocles, seis de Esquilo y *La Argonáutica* de Apolonio de Rodas. Niccoli experimentaba tan vivo deseo de propagar el conocimiento de los clásicos que, al ocurrir su muerte, se averiguó que tenía prestados más de doscientos volúmenes. Quería no sólo conocer la antigüedad, sino vivir como *un antiguo.* "Nunca pensó en casarse –dice su biógrafo– para poder seguir más libremente sus estudios. Vestía una túnica de púrpura que le llegaba hasta los pies, comía en platos y vasos antiguos." A la muerte de Niccoli sus manuscritos fueron comprados por Cosme de Médicis y formaron el primer núcleo de la Biblioteca Medicea, que instaló en el convento de San Marcos. Algunos llevan todavía la inscripción: *Ex hereditate doctissimi viri Nicolai de Niccolis de Florentia*. Un erudito al servicio de Palla Strozzi, el maestro de sus hijos –Tomaso Parentucelli–, hizo el catálogo crítico de la biblioteca de Niccoli y añadió, a la lista de los libros de éste, los títulos de los que faltaban y que hubiera deseado adquirir para completar la colección de los clásicos. Este catálogo sirvió después para formar las bibliotecas de Urbino y Pésaro, y como quiera que Parentucelli llegó a la más alta dignidad de la Iglesia, puesto que fue el papa Nicolás V, no hay que decir que sirvió también



Vaso de Lorenzo de Médicis (Museo degli Argenti, Florencia).

"Comentarios a Platón", del cardenal Bessarión (Bibliothèque Nationale, París). El arzobispo de Nicea Juan Bessarión tomó parte en el concilio de Florencia como miembro de la Iglesia oriental y se adhirió después a la latina, que lo hizo cardenal y patriarca de Constantinopla. Tradujo a Aristóteles y Jenofonte al latín. Contribuyó poderosamente al conocimiento de la cultura griega por Occidente.



***Anunciación*, por Fra Angélico (Museo del Prado, Madrid). Fra Angélico representa, en la primera mitad del siglo XV, la pintura de más devota espiritualidad.**

este catálogo suyo a los que le ayudaron a formar la Biblioteca Vaticana.

Nicolás V había nacido en Sarzana, cerca de Génova, pero puede considerarse como un erudito del grupo florentino. Cuando era solamente un estudiante andariego, ya contrajo deudas para comprar libros. Solía decir que, si algún día fuese rico, lo gastaría todo en libros y paredes. Al ascender al solio pontificio pudo entregarse sin restricciones a su pasión nobilísima. Envió copistas y emisarios por toda Europa para procurarse manuscritos. Además, estimulaba con largueza a los que traducían autores griegos: al que tradujo a Polibio le retribuyó con quinientos ducados, por la traducción de Estrabón pagó mil, y ofreció diez mil florines por una traducción de Homero, en verso latino, que no llegó a realizarse. A la muerte de Nicolás V, la Biblioteca Vaticana tenía más de cinco mil manuscritos; era ya la colección de textos más importante de toda Europa. Nicolás V quería que fuese el ornamento principal de Roma, como la biblioteca de los Tolomeos había sido el principal monumento de Alejandría. Las tumbas de los apóstoles parecían quedar en segundo lugar; desde ahora, lo principal tenía que ser mármoles, estatuas y paredes, o grandes obras edilicias, y sobre todo libros. Sus copistas y amanuenses trabajaban como esclavos, casi sin tiempo de comer ni dormir, pues el papa, insaciable, les pedía siempre nuevos manuscritos. Cuando a Nicolás V le sucedió el primer papa Borgia, Calixto III, que era un teólogo de la antigua escuela, cuéntase que se escandalizó al entrar por primera vez en la Biblioteca Vaticana, exclamando: "¡Santo Dios, en qué cosas se han gastado los caudales de la Iglesia!" Sin embargo, el sucesor de Calixto III, el famoso Pío II, fue un *renaciente* más extremado todavía que Nicolás V; no había manera de detener el movimiento de restauración clásica.

Para dar idea del contenido de una bi-

LORENZO VALLA Y LA FALSA DONACION DE CONSTANTINO

Lorenzo Valla (1407-1457), uno de los más altos espíritus del humanismo cuatrocentista, mostró la posibilidad de unir cuanto de más característico tenía la nueva cultura con las más profundas necesidades religiosas del siglo. Cristiano sincero, en su famoso libro sobre el verdadero bien *(De vero bono)* defiende la santidad de la vida mundana, con sus alegrías y placeres, combatiendo la inútil ascética, la estéril y a menudo falsa castidad monástica y toda desvalorización de la vida y de la belleza del mundo.

Historiador y filósofo insigne, en 1440 extiende la famosa *declamatio, De falso credita et ementita Constantini donatione,* en la que demuestra la falsedad de la pretendida donación constantiniana, negando todo fundamento jurídico al poder temporal de la Iglesia.

Evidentemente esta famosa *declamatio* fue un escrito de ocasión. Valla escribió el opúsculo para aportar nuevos argumentos a la polémica de Alfonso de Aragón, de quien era entonces secretario, contra el papa Eugenio VI, pero si bien el escrito respondió a las exigencias políticas del rey napolitano, respondió aún más a las exigencias culturales y políticas del mismo Valla.

En Valla no encontramos únicamente una rara pericia histórica y filológica: encontramos la invocación a la unidad espiritual de los hombres contra las divisiones alimentadas por el desmesurado afán de poder; hay una llamada a la paz cristiana, una exigencia de que la religión sea experiencia interior y a la vez fraternidad humana. Su vida es una continua polémica contra el Medievo, del que decía: "Ha deformado no sólo los clásicos, sino también el cristianismo", y contra el catolicismo vulgar de las leyendas y supersticiones, contra el cristianismo bárbaro que había perdido su original pureza, contra la Iglesia que había olvidado su antigua misión espiritual y universal para hacerse potencia terrena, agitada por facciones y pronta a la división y a la guerra.

Valla une su exigencia reformadora en el terreno religioso a la restauración de la tradición clásica, y para ello se vale ahora de la filología. Para él, como para Poggio o Poliziano más tarde, la filología adquiere un valor muy particular: es el camino que nos lleva a la comprensión del pensamiento; en la historia de una palabra, en su valor reconquistado, se encuentra la historia de una relación humana esencial, se descubre la historia de una institución, de un concepto, de una costumbre, de una forma de vida. La filología es la crítica que transporta al mundo de la actividad humana cualquier teoría, que repone en su tiempo justo cualquier documento, doctrina, dogma o autoridad; la filología humanística emprendió y justificó una labor crítica profunda y sin prejuicios; instauró el hábito mental de colocar y llevar de nuevo a los tiempos y ambientes en que nacieron todos los textos, incluso los consagrados por la más antigua veneración, comprendidas las escrituras sagradas de todas las religiones.

Valla quiere aferrar el sentido preciso, primitivo, de las expresiones; llegando a la valoración originaria de la palabra, pretende determinar el alcance, la intencionalidad, la fuente de donde ha surgido el pensamiento que en ella se encarna. Quiere, como dice Erasmo, su gran admirador, ver únicamente con sus propios ojos, o sea, con los ojos de la razón, limpios de todo presupuesto.

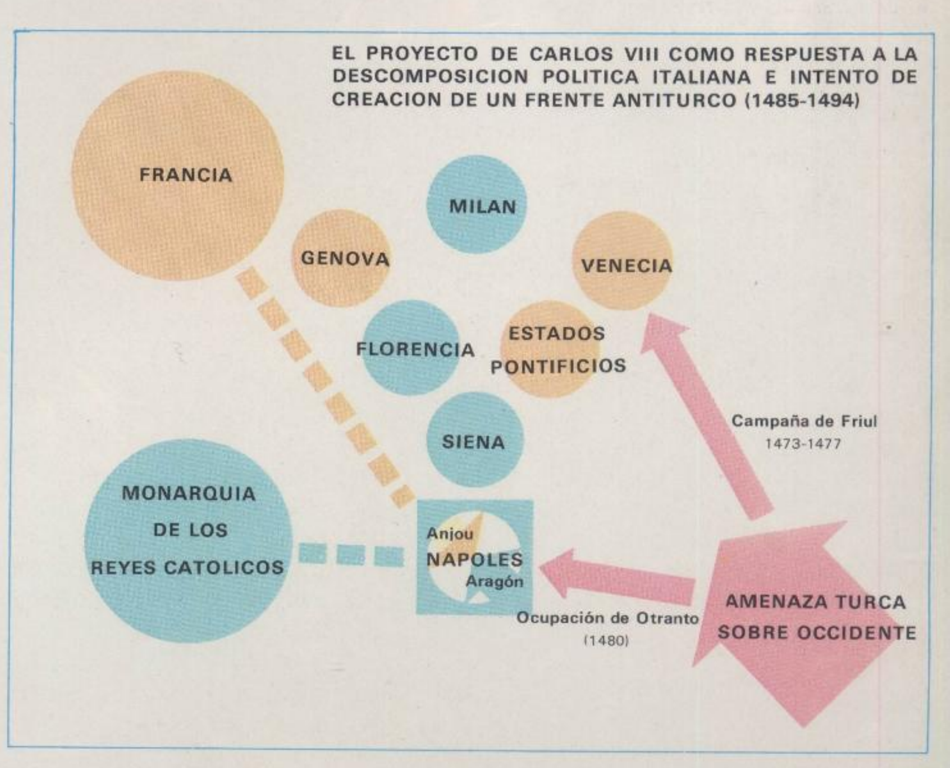
El Cusano había ya demostrado (más adelante lo probará también Pío II) que la *Donatio* era falsa, que no pertenecía a la época de Constantino, alegando el silencio de las fuentes narrativas de la época. Ahora Valla se vale de la filología para demostrar aún con mayor evidencia la falsedad del documento.

No puede ser clásico, no puede provenir de la cancillería imperial y ser anterior al Medievo todo lo que conceptual o estilísticamente recuerde un modelo bíblico. Tanto en los episodios de la *Donatio,* calcados de la Biblia, como en el lenguaje ampuloso y nada clásico de Constantino, como en la actitud misma de los personajes que tomaron parte en el acto de la pretendida donación, Valla ve una prueba concreta, irrecusable, de falsedad.

La filología se convierte, pues, en un arma que libera el espíritu humano de una secular prisión bárbara, que le permite remontarse a una civilización mal comprendida en la Edad Media. Lo importante verdaderamente no es el hecho de que Valla probara la falsedad de un documento que ya se tenía por falso, sino los medios que utilizó, su método científico.

H.P.

Después de la toma de Constantinopla y el afianzamiento turco en los Balcanes, Mahomet II realiza incursiones en la propia Italia: la campaña de Friul (1473-1477), contra Venecia, y la ocupación de Otranto (1480), en el reino de Nápoles. En la península, a pesar de ello, no se llega a un entendimiento entre los distintos estados; bien al contrario, cuando en 1485 se desencadena un conflicto interno en el reino de Nápoles –nobles angevinos contra el rey aragonés–, toda Italia se alinea en uno u otro bando. Los dos bloques políticos más potentes de Occidente, Francia y la monarquía de los Reyes Católicos, se hallan también interesados en el conflicto napolitano por razones dinásticas. Punto débil en la defensa de Occidente, Italia pasará a una nueva etapa de su historia bajo la tutela de Francia o de España, quienes piensan en Nápoles como plataforma para una "cruzada contra el turco": expedición de Carlos VIII (1494).



blioteca del siglo XV, extractaremos el catálogo de la que formó el duque de Urbino, con un gasto de 30.000 ducados. En primer lugar, sorprende encontrar en Urbino catálogos de las bibliotecas hermanas: de la del Vaticano; de la de los Médicis, en Florencia; de los Visconti, en Pavía, y hasta de la de Oxford. La Biblioteca de Urbino contenía, para empezar, varios centenares de manuscritos de teología y patrística. Había una colección completa de las obras de santo Tomás de Aquino, otra de san Alberto el Magno y otra de san Buenaventura. Entre los clásicos encontramos, en el catálogo de Urbino, un Menandro completo, que ahora ha desaparecido. Se decía en el catálogo que había también *todas* las odas de Píndaro y *todas* las tragedias de Sófocles. Los Padres de la Iglesia griega estaban espléndidamente representados; como es natural, poseía una magnífica colección de autores latinos, y hasta de *modernos* como Dante, Petrarca y Boccaccio. Había asimismo en Urbino sesenta y un manuscritos hebreos.

La demanda de libros, a mediados del siglo XV, debió de estimular la invención de la imprenta. He aquí cómo explica un contemporáneo la formación de una nueva biblioteca en el convento de los dominicos de Fiésole, cerca de Florencia: "Cosme de Médicis me mandó llamar –dice Vespasiano da Bisticci– y me preguntó qué plan yo recomendaría para proveer de libros la biblioteca de la abadía de Fiésole. Yo le dije que el método más rápido era hacerlos copiar; él me insinuó si yo podría ocuparme en dirigir estas copias, a lo que contesté afirmativamente. Entonces me dijo que dejaba este asunto por completo a mi cuidado, y para el dinero, don Angelo, prior de la abadía, podía girar cuanto quisiera contra su banco, pues sus giros siempre serían pagados. Como, además, Cosme de Médicis deseaba que la biblioteca se formara con toda la rapidez posible, yo contraté cuarenta y cinco copistas, y en veintidós meses copiaron doscientos volúmenes, siguiendo la admirable lista de libros preparada por el papa Nicolás V".

Poliziano, Marsilio Ficino, Gentile de Bicchi y Cristoforo Landino, representados por Ghirlandaio en un fresco de Santa María Novella de Florencia.





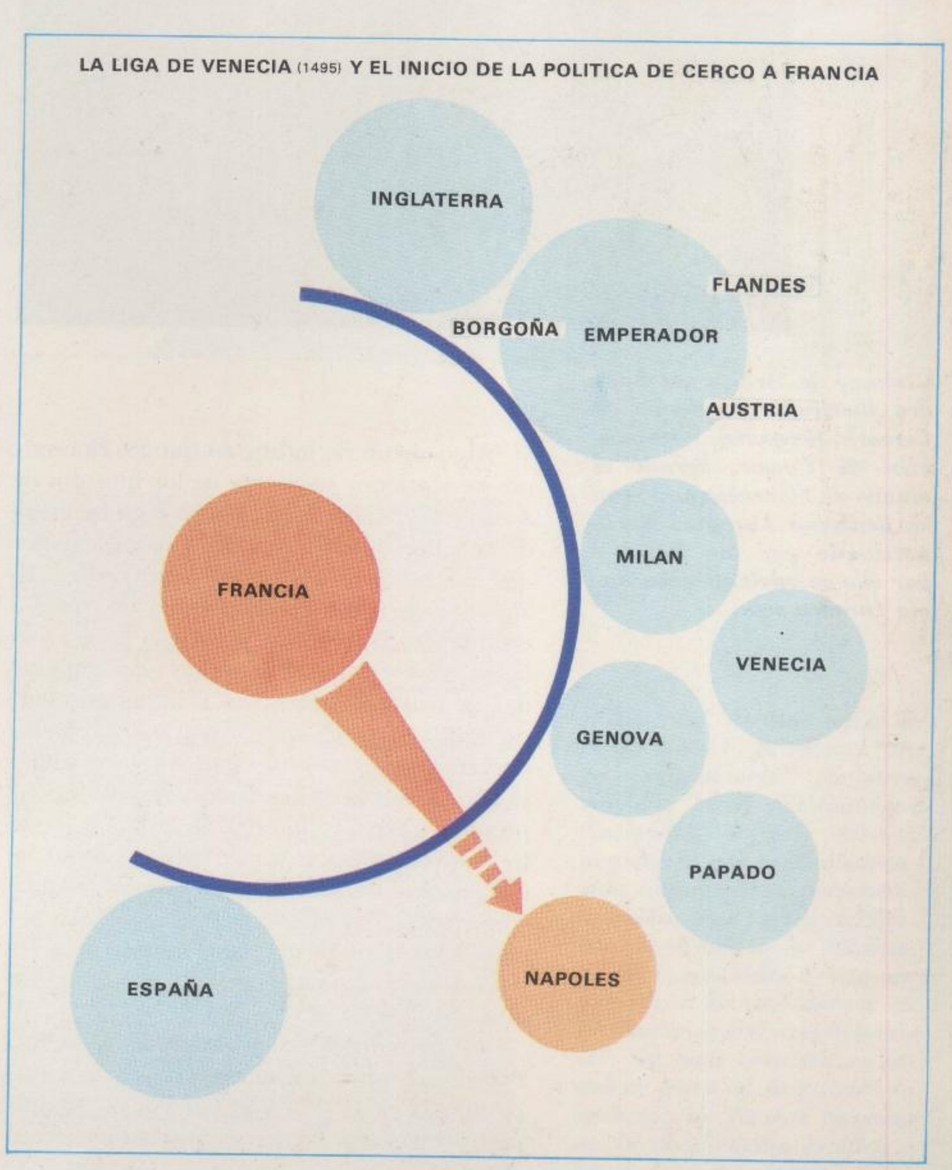
Giovanni Pico della Mirandola (Galleria degli Uffizi, Florencia). Dotado de portentosas cualidades intelectuales, estudió lenguas clásicas y semíticas, derecho, letras y filosofía. En sus obras intentó conciliar a Platón con Aristóteles y la teología cristiana con la filosofía griega.

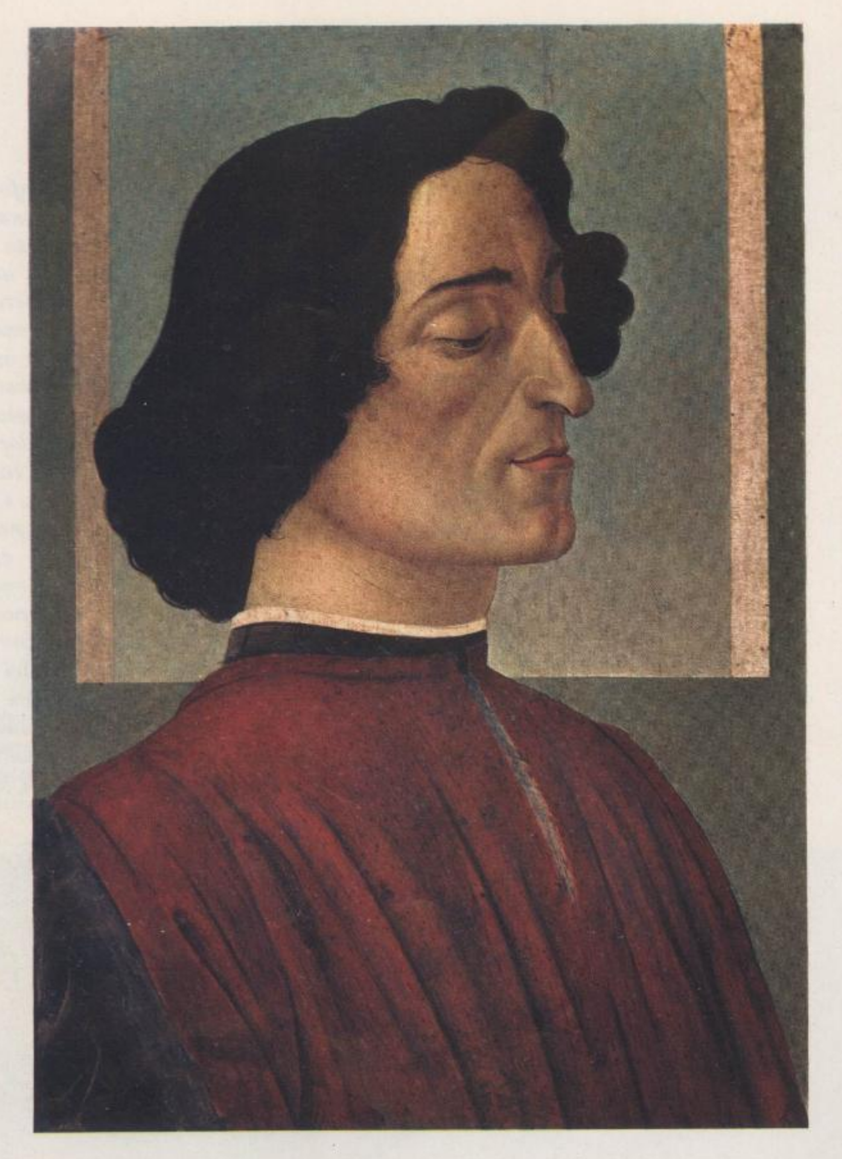
El celo renacentista de Cosme de Médicis no se reducía a una maniática afición por los libros, sino que igualmente se interesaba por todas las ciencias y las artes. "Cuando hablaba con un erudito –dice Vespasiano–, Cosme de Médicis manifestaba saber casi tanto de literatura como de negocios; con los teólogos discurría de teología, y con los músicos y astrólogos, de música y astrología. En arquitectura era un experto consumado, y lo mismo en pintura y escultura." Con las obras iniciadas por Cosme de Médicis se engalana todavía hoy Florencia; los monumentos que pagó, los artistas que protegió, y que le devolvieron centuplicado, con cuadros y estatuas, lo recibido, transformaron la ciudad en un santuario de belleza admirado desde entonces.

El nieto de Cosme, llamado Lorenzo el Magnífico, que le sucedió en la dictadura ilustrada que representaba el partido de los Médicis, tenía las mismas aficiones que su abuelo, y hasta puede ser considerado como un verdadero poeta.

Pero ni el dinero de los mecenas florentinos ni la exquisita sensibilidad de los artistas de Florencia hubieran podido cambiar a Europa entera sin los estudios y el interés que sentían por el renacimiento de la mentalidad clásica. Por esto tuvo tanta importancia la fundación por Cosme de Médicis de la Academia Platónica florentina. En un principio no fue más que un cenáculo de amigos para discutir temas literarios, y no trascendió de la camarilla de eruditos afectos a los Médicis; pero fue imitada en otras ciudades de Italia y más tarde en todas las naciones de Europa. La gran eficacia de la Academia florentina debióse principalmente a su desmedida ambición. Quería ser platónica, esto es, continuación de la Academia fundada por Platón en el barrio del Cerámico, de Atenas. En el mundo del espíritu no cuenta para nada la cantidad, sino la calidad; la fuerza de uno solo puede cambiar al universo entero, y un verdadero apóstol derrotar ejércitos de escépticos y pesimistas. El milagro de mover montañas con la fe se repite en los grandes momentos de la historia. La audacia de llamar platónica a la reunión de amigos de Cosme de Médicis llevó a cabo uno de estos prodigios.

El rápido triunfo de Carlos VIII en su campaña napolitana precipita la consolidación de una unión antifrancesa de carácter defensivo: la liga de Venecia, en la que los pequeños estados italianos pudieron contar con el apoyo de Fernando el Católico y el emperador Maximiliano, y en 1496 también con el de Inglaterra. Con ello se completaba por primera vez el cerco político en torno a Francia, tan característicamente utilizado por Fernando el Católico y los Habsburgos. A pesar del éxito de Fornovo (1495) en la retirada, la liga de Venecia significó el fin de la política imperialista de Carlos VIII.





Giuliano de Medici, por Sandro Botticelli (Academia de Carrara, Bérgamo). Nieto también de Cosme, heredó el mando de Florencia junto con su hermano Lorenzo. Murió asesinado por los Pazzi y por ello en adelante gobernaría Lorenzo solo.

Algo debió de influir en que los florentinos se sintieran sucesores de los filósofos de Atenas el comprender que la gran herencia de la antigüedad había ido a parar a gentes que no la merecían ni la comprendían. El año 1438 se reunió en Florencia un concilio ecuménico, para reunir la Iglesia griega y la latina, con asistencia del papa y del emperador de Constantinopla. En el séquito del emperador venían los doctores griegos, repletos de vanidad, con ojos pintados y voces ahuecadas, hablando un griego corrompido, arrastrando mantos y cubiertos de insignias. Todo lo más que podían hacer los sofistas bizantinos era enseñar unos rudimentos de gramática y proporcionar textos, y esto ya lo habían hecho. La verdadera interpretación y resurrección de la antigüedad tenían que hacerla los eruditos de Florencia.

Empero hasta para formar la Academia Platónica florentina sirvió, con sus extrañas paradojas, uno de estos fantásticos bizantinos. Se llamaba Gemistos y había nacido en Constantinopla, pero después de haber viajado por el Asia, había ido a establecerse en el lugar donde había existido la antigua Esparta. Allí se lanzó a inventar una nueva religión, más satisfactoria que la que ofrecía la corrompida Iglesia bizantina. Gemistos, que no era un místico ni un pensador original, no pudo hacer más que una mezcla de la religión persa de Zoroastro con el paganismo y el platonismo. Escribió un libro, *Las Leyes, Nόμοι*, según el cual el Supremo Hacedor es Júpiter, que a veces llamamos Ser, Voluntad, Actividad y Poder; éste crea las ideas, o dioses secundarios, y éstos los planetas, de los que salen los demonios, y así, por una serie genealógica, llegamos a los hombres, animales y plantas.

Gemistos vino a Italia con el séquito del emperador para asistir al concilio de 1438, y aunque no consiguió convertir a nadie a su religión, pudo convencer a Cosme de Médicis y a sus amigos de la importancia de los principios metafísicos que se contenían en los escritos de Platón. Mientras estuvo en Florencia, Gemistos redactó dos trataditos, uno acerca de la fatalidad y libre albedrío, y otro sobre las diferencias entre Platón y Aristóteles. Gemistos atacaba a Aristóteles por ateo e inmoral, interpretando, en cambio, a Platón con un fuerte color teológico. La polémica era peligrosísima, porque Aristóteles, desde los tiempos de santo Tomás, había sido el cimiento más sólido de la escolástica católica y la escolástica musulmana; en cambio, Platón, tanto en el Islam como en el catolicismo, ofrecía amplio pasaporte a los que querían entrar en especulaciones racionalistas.

Gemistos residió en Florencia hasta el año 1440, habiendo preparado, antes de ausentarse, al joven letrado que debía ponerse a traducir las obras completas de Platón; éste era un tal Marsilio Ficino, hijo del médico de Cosme de Médicis, y habíasele educado especialmente para entender la filosofía griega. Durante doce años, Cosme pudo colaborar con Ficino en su traducción de Platón, de la manera que él lo hacía, interesándose en la labor y animándole con sus consejos. Marsilio Ficino asegura que Cosme de Médicis era tan agudo y capaz de entender materias filosóficas como prudente y decidido en la política.

A pesar del mal ejemplo de Gemistos, Marsilio Ficino se conservó como católico practicante. A la edad de cuarenta años tomó órdenes, haciendo acaso reserva mental. Cuando Cosme de Médicis le llamó para confesarse en su lecho de muerte, hablaron más de Platón que de penitencia. Para Marsilio Ficino, Sócrates y Platón habían sido tan dignos de recibir la revelación de la ver-



dad como los mismos evangelistas. Según él, la Iglesia, aceptando a las sibilas y poniéndolas al lado de los profetas, había, de hecho, canonizado a Platón. Después de la traducción de Platón, Marsilio Ficino acometió la de Plotino y la del tratado de las *Hierarquías celestes,* del seudo Dionisio Areopagita. Además, Ficino compuso una *Doctrina Platónica de la Inmortalidad,* en la que se hallan incluidas algunas de las deliciosas conversaciones de los miembros de la Academia Platónica florentina.

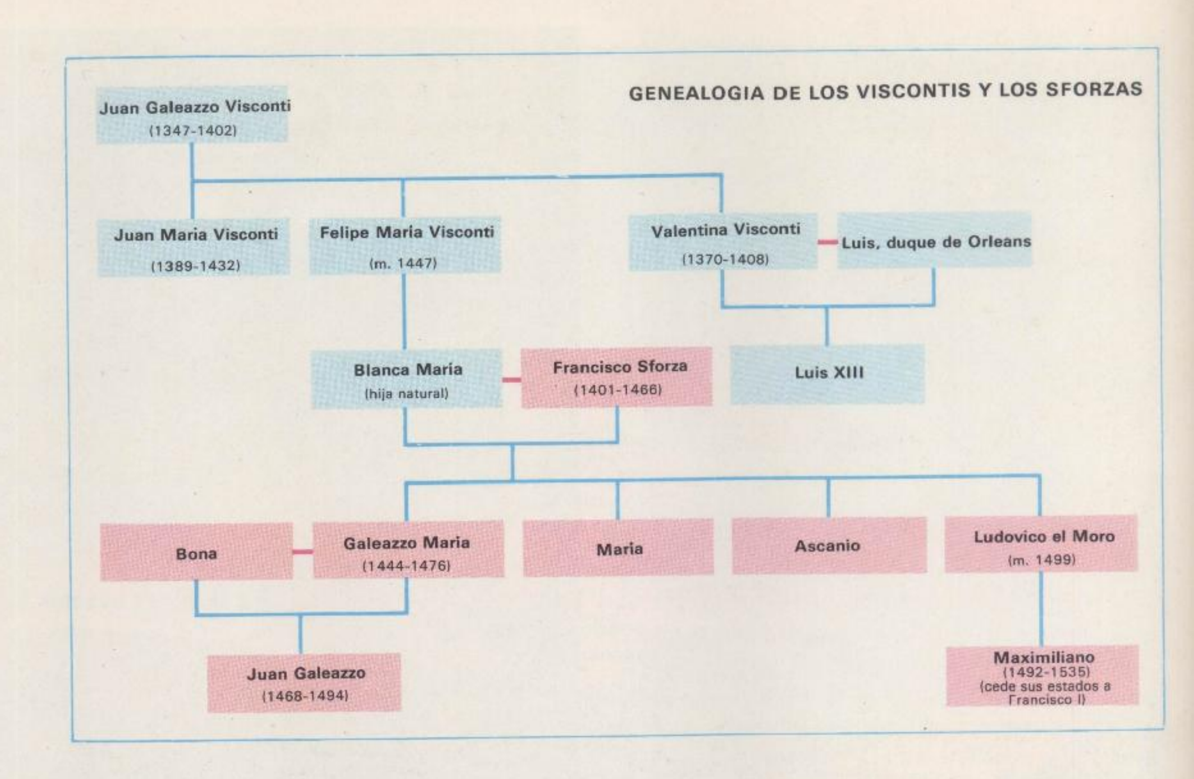
Generalmente, los académicos de Florencia se reunían, para leer las obras de Platón, en una de las *villas* que los Médicis tenían en las afueras de la ciudad. Allí había siempre una lámpara encendida delante de una estatua del filósofo de Atenas y sus aniversarios se celebraban con ceremonias y panegíricos. Un año se leyó *El Banquete,* de Platón, en la comida de costumbre, y uno de los académicos hizo la parte de Agatón, otro la de Aristófanes y otro la de Sócrates; es probable que

LEONIS BAPTISTAE ALBERTI DE RE AEDIFICATORIA LIBER DECIMVS ET VLTIMVS QVI OPERVM INSTAVRATIO INSCRIBITVR.

I DE OPERVM VITIIS EMENdandis deinceps diſputandum eſt/ conſideraſſe oportet quæ nã ea qdẽ et qualia ſint uitia quæ manu hominũ emendẽtur. Sic.n.et phyſici arbitrantur maximã remedioꝝ partẽ ex morbi cognitione pẽdere. Aedificioꝝ uitia cum publicoꝝ tũ priuatoꝝ alia ab architecto ſunt ueluti inſita atq; innata: alia ĩportanť aliunde Et rurſus horũ alia emendari arte poſſũt et ingenio: alia penitus emẽdari nequeũt Ab architecto ea ſũt qualia proximo ſupiore libro quaſi digitũ intẽdẽtes oſtẽdimus. Nã alia qui dẽ animi ſũt uitia: alia manuſ. Animi electio: ptitio: diſtributio: finitio: præpoſtera/ diſſipata confuſa. Manus aũt uitia ſunt paratio/ collectio/ aſtructio/ coagmẽtatio neglecta atq; deſidioſa et eiuſmõi in quæ uitia male conſulti atq; indiligẽtes facile ĩcidũt. Quæ aũt ĩportẽtur uix recenſeri poſſe arbitror/ tam multa et tam uaria ſunt/ inter quæ illud eſt quod aiunt/ oĩa uinci æuo: et inſidioſa nimiũq; ualida eſſe tormenta uetuſtatis: nec poſſe aduerſus foedera naturæ niti corpora quin ſenectutẽ ſubeãt: ut uel ipſũ coelũ mortale arbitrenť nõnulli ea re q corpus ſit/ ſẽtimus quid ardor ſolis quid umbræ gelatio/ quid pruinæ/ qd uẽti ualeãt. His tormentis actos cernimus fatiſcere et putreſcere etiam duriſſimos ſilices: et altis a rupibus auelli ꝑrudiq; ſaxa ĩmania tẽpeſtate: ut multa cũ parte mõtis corruãt. Adde his hominũ iniurias: Me ſupi interdũ nequeo nõ ſtomachari/ cũ uideã aliquoꝝ incuria/ nequid odioſũ dicã dicerẽ auaritia/ ea deleri/ qbus barbarus et furẽs hoſtis ob eoꝝ eximiã dignitatẽ pepciſſet. Quæ ue tempus ꝑuicax reꝝ proſternator æterna

x iiii

Inicio del décimo tomo de la obra de L. B. Alberti "De re aedificatoria" (primera edición, 1485) (Bibliothèque Nationale, París). Alberti, arquitecto que recibió educación humanística, perteneció también, tras varias vicisitudes, al círculo de los Médicis, y tuvo oportunidad de exponer sus ideas en esta obra y en "I cinque ordini architettonici". Su tesis consistió en recabar para el arquitecto la creación de formas basadas en la lucubración estética y en el rigor del cálculo.



Busto policromado de Niccolò da Uzzano, por Donatello (Museo Nacional, Florencia). Uzzano fue un prócer florentino que desempeñó elevados cargos en Florencia. Donatello, que le hizo este magnífico retrato, es el promotor del renacentismo escultórico en su patria y en toda Italia.

Alcibíades fuese el propio Lorenzo de Médicis, nieto del gran Cosme.

Entre los que frecuentaban el palacio de los Médicis, en Florencia, había un joven de elevada alcurnia, copiosa fortuna y hermoso continente, que se llamaba Pico della Mirandola. "Era alto y modelado finamente –dice uno de sus contemporáneos–; había en su cara el resplandor de algo divino. Era agudo y tenía una memoria prodigiosa; en sus estudios era infatigable; en sus juicios, perspicaz y elocuente. No se podía decir lo que era más extraordinario y singular en Pico della Mirandola: si sus talentos o su bondad. Se había familiarizado con todas las ramas de la filosofía y hablaba casi todas las lenguas conocidas."

Pico della Mirandola había empezado su educación en la universidad de Bolonia, donde había aprendido las lenguas clásicas, el hebreo y el árabe, además de matemáticas, lógica y filosofía. De Bolonia marchó a París, con objeto de perfeccionarse en la especialidad de aquella universidad, que era la teología. De allí regresó a Florencia y Roma, donde compuso un tratado de novecientas tesis en defensa del misticismo platónico. Filósofos y teólogos se creyeron desafiados por aquel escrito de Pico della Mirandola y encontraron más fácil obtener del papa una excomunión que refutar sus centenares de argumentos. No obstante, Pico logró del papa Alejandro VI, el segundo Borgia, su rehabilitación, sufriendo los siete años de su excomunión sin claudicar ni protestar un momento, con una conducta piadosa y ejemplar en sus devociones.

Después de haber asimilado todos los conocimientos de su época, Pico della Mirandola quiso penetrar en el terreno prohibido de las ciencias ocultas y la cábala. Por entonces le pareció haber descubierto el sentido profundo de la filosofía, que no podía percibirse por la lectura superficial y aun razonada del texto. Su última tesis iba a ser ésta: "La filosofía busca la verdad, la teología la descubre y la religión la posee". Lo que iba a ser religión para Pico della Mirandola quedó sin aclarar; murió joven todavía, a la edad de treinta y un años, dejando a la posteridad la gloria de haber sido el intelecto más poderoso de su tiempo.

Si Pico della Mirandola era el más joven de los eruditos que formaban el grupo de la Academia florentina, el más viejo era Cristoforo Landino. Era profesor de retórica en la universidad y se había especializado en el estudio de Horacio y Virgilio. Había traducido a la lengua vulgar la *Historia Natural,* de Plinio; había comentado a Dante y Petrarca, y en especial por este trabajo la República le había hecho donación de una casa en los suburbios.

Uno de los escritos de Landino, titulado *Discusiones camaldulenses,* nos ha conservado unos diálogos o conversaciones de algunos de los eruditos del grupo de los Médicis. Landino nos explica cómo, sin premeditación, marchó un día, acompañado de su hermano, a visitar un santuario de san Romualdo, el santo fundador de la Orden de los camaldulenses. En el santuario, los hermanos Landino encontraron una comitiva formada por



Templo de San Andrés, en Mantua, obra de L. B. Alberti. En esta obra, como en las diversas que realizó (templo malatestiano de Rímini), Alberti pudo desplegar la amplia gama de sus ideas arquitectónicas. En realidad, su arquetipo de iglesia consistía en una planta abovedada y una cúpula.



***Anunciación*, de Leonardo da Vinci (Galleria degli Uffizi, Florencia). La pintura del siglo XV florentino termina con la producida por el genio atormentado de Leonardo.**

los nietos de Cosme de Médicis, acompañados de cinco jóvenes más pertenecientes a la aristocracia florentina. El grupo se completó con la llegada del traductor de Platón, Marsilio Ficino, y del arquitecto y filósofo Leon Battista Alberti.

La conversación a la sombra del santuario de san Romualdo duró varios días. Leon Battista Alberti empezó haciendo el elogio de la vida contemplativa, *βίος θεωρητικός*, o vida teorética, y Lorenzo de Médicis argumentó en favor de la *βίος πρακτικός*, vida práctica o activa. Alberti probó que la soledad y la meditación eran los caminos para llegar a la verdadera superioridad intelectual, pues sólo en tales condiciones el hombre se halla en comunicación directa con la naturaleza y logra obtener posesión completa de sus facultades mentales. Lorenzo de Médicis hizo ver que estas facultades no llegan a completarse hasta que su constante ejercicio las obliga a manifestarse en todo su valor. El filósofo debe mezclarse con las gentes para difundir entre ellas sus talentos y ayudar a sus semejantes. Los oyentes convinieron en que un hombre que posea talento y bondad debe so-



meterse regularmente a las dos disciplinas, *teorética* y *práctica*. En los días siguientes se trató de aplicar esta doctrina, comparando la poesía de Virgilio con la filosofía de Platón.

La personalidad de Leon Battista Alberti servirá también para que el lector se haga cargo de la clase de talento que se iba elaborando en la escuela de Florencia. Poseía Alberti gran fuerza física y habilidad no escasa para toda clase de ejercicios corporales. Se aseguraba que los caballos más indómitos temblaban en cuanto él los montaba, acaso aplacados por el magnetismo del jinete. Parecía dotado de tal capacidad de comprensión, que no se explica sino como intuición. A la edad de veinte años compuso una comedia, en latín, que más tarde se tomó por antigua. Componía melodías, pintaba, era gran arquitecto, y su tratado de arquitectura todavía se lee con interés. Su talento tenía algo de anormal; cuando era niño perdió en gran parte la memoria, a causa de una enfermedad, y tuvo que aprender de nuevo, aunque dedicándose a otros estudios. Hizo descubrimientos de óptica y mecánica, pero además poseía facultades raras para adivinar el pen-



samiento y los secretos de la fisonomía humana. Decíase que estaba tan compenetrado con la naturaleza, que, cuando llegaba el otoño, lloraba inconsolable al ver secarse las vides y caer las hojas de los árboles. A menudo, en medio de sus trabajos arquitectónicos, hablando con operarios y albañiles, se quedaba extático, pensativo, como en mística contemplación.

Alrededor de estos humanistas, renacentistas, bibliófilos y eruditos florentinos, se iba formando una sociedad refinada. Las mujeres mismas cooperaban, por lo menos como espectadoras interesadas, al apasionado intento de restablecer la mentalidad clásica. Asistían a las fiestas del cenáculo literario de los Médicis, servían de modelo a los pintores y, con su ejemplar liberalidad, animaban elocuentemente a los creadores de una vida nueva.

Ya se comprende que con este nuevo tipo humano, con estos nuevos intereses, por lo que hemos dicho de sus estudios y de sus conversaciones, el Renacimiento florentino

Alfonso el Magnánimo, V de Aragón y I de Nápoles, según pintura conservada en el Kunsthistorisches Museum de Viena.

Fachada de Santa Maria Novella, en Florencia, terminada por L. B. Alberti. La parte baja es del siglo XIII y la superior quedó sin terminar. Alberti la coronó con un frontón y lo flanqueó por dos cuerpos sinuosos que ocultan las dos naves laterales del templo. El resultado estético es perfecto.

iba a inaugurar un nuevo período de actividad científica. Se había empezado con textos clásicos, y de ellos se pasaba casi insensiblemente a la mecánica y a la óptica, y a un contacto directo con la naturaleza sin la barrera de la autoridad y la tradición y sin el estorbo del guía molesto de la antigüedad griega y romana. Pero de este salto, del estudio de los textos a la grande investigación de los hechos, hablaremos luego.

Queda ahora sólo un punto que es fuerza precisar para que no crea el lector que el Renacimiento italiano del siglo XV se redujo a lo que hizo y pensó una camarilla de eruditos florentinos. El entusiasmo por el renacimiento de la antigüedad clásica se manifestó igualmente en otras partes de Italia; es cierto que el primer impulso salía de Florencia, pero fue recibido con los brazos abiertos en Milán, Nápoles, Venecia y, sobre todo, en Roma. Ya hemos dicho que Tomaso Parentucelli, uno de los eruditos del grupo florentino, fue elegido papa y tomó el nombre de Nicolás V. A él y sus sucesores Pío II y Sixto IV se debe el engrandecimiento de la Biblioteca Vaticana. Pío II, además, fundó en Siena una biblioteca en la catedral, que se conserva aún intacta. Está decorada con frescos del Pinturicchio que representan escenas de la vida de Pío II antes de ser papa, y en el centro de la estancia, extraordinario adorno para una biblioteca catedralicia, mandó poner el grupo clásico de las Tres Gracias, desnudas, labradas en mármol.



Alfonsí napolitano de Alfonso V el Magnánimo (Gabinete Numismático de Cataluña, Barcelona).

El Castel Nuovo de Nápoles, donde el conquistador del reino, Alfonso V, el Magnánimo, de Aragón, reunió otra corte renacentista semejante a la de los Médicis en Florencia.

LA EDUCACION EN EL RENACIMIENTO

A través de la progresiva expansión del movimiento renovador, nacido en Italia, de aquel humanismo que rompió con los moldes de la tradición medieval, nace una nueva educación, una nueva imagen del hombre, una nueva concepción del mundo.

Frente a la pedantería, a la mecánica repetición, al uso de áridas complicaciones que apagaban el espíritu y mortificaban la naturaleza física del hombre, aparece la nueva formación, entendida como armonía de la mente y del cuerpo.

Una generación, la de los primeros humanistas, había logrado transformar radicalmente los estudios creando verdaderamente hombres nuevos. A principios del siglo XV, con el entusiasta descubrimiento del mundo clásico, habían emprendido la renovación de la cultura y de la educación.

Uno de los más destacados renovadores de la enseñanza fue Guarino de Verona, nacido en 1374, quien, después de haber permanecido cinco años en Constantinopla para perfeccionar sus conocimientos de griego y de haber enseñado en Florencia, Venecia y Verona, se trasladó a Ferrara en 1429, y allí hasta su muerte (1460) se dedicó a transformar la cultura y contribuyó a la reforma del "Estudio general" inaugurado en 1442 bajo los auspicios de Leonello de Este.

La escuela de Guarino es importante por dos aspectos: ilustre maestro de griego, sintió igual interés por textos científicos que por los literarios y se ocupó por igual de médicos (Celso) y geógrafos (Estrabón) que de filósofos o poetas. Contribuyó así a dar un sello original al Estudio y en general a toda la vida de una de las ciudades más característicamente renacentistas: Ferrara. Aún más: transformó radicalmente los métodos de enseñanza, fijó los cánones de la misma, consignados por su hijo en un breve tratado, *De ordine docendi et discendi,* destinado a una gran difusión.

A su escuela, famosa en toda Europa, asistían numerosos extranjeros que propagaron por todo el continente sus ideales educativos, sus métodos, su cultura. El mismo Vittorino de Feltre, de quien hablaremos más adelante, había sido alumno de Guarino en Venecia.

Guarino se relaciona claramente con la tratadística del primer humanismo cuatrocentista de inspiración "civil"; traduce a Plutarco y hace de él una especie de canon pedagógico moral; exalta y comenta el escrito de Pier Paolo Vergerio el Viejo sobre *Las costumbres puras y los estudios liberales de la adolescencia,* compuesto entre 1400 y 1402 en la atmósfera de la docta Florencia y destinado a ser una especie de breviario educativo europeo.

Filólogo insigne, convencido del gran valor del griego y de su cultura, Guarino fue un gran educador, que unió siempre estrechamente las "letras" a las "ciencias". Estaba convencido de que la nueva cultura sólo podía impartirse en nuevas escuelas; no sentía ningún entusiasmo por la universidad, en la que él mismo había enseñado como maestro de retórica, y por esto se empeña en crear nuevas instituciones docentes y en transformar las que ya existían, a la par que impulsa la formación de la primera gran tratadística pedagógica de la edad moderna. El maestro de Verona y Vittorino de Feltre estructuraron un tipo de colegio-internado (el *contubernium*) destinado a formar las clases dirigentes de los nuevos estados y los futuros educadores y hombres cultos. En 1408, un profesor de retórica, Gasparino Barzizza, célebre por sus estudios ciceronianos, había intentado ya algo parecido, en Padua, para los nobles venecianos.

Guarino inaugura en 1420, en Verona, una escuela pública por encargo del Común y una escuela particular de pago, en su propia casa, para alumnos forasteros y de la ciudad. Este colegio tenía plazas limitadas y los precios eran muy elevados; ayudaban a Guarino, su mujer, sus hijos y algunos colaboradores externos; la escuela era alegre y familiar; los estudiantes, amigos; éstos, una vez alcanzado cierto grado de capacidad, se convertían en colaboradores. Los ejercicios físicos, los paseos, la natación, la caza y la danza alternaban con las lecciones; el plan de estudios era orgánico y preciso en su progresión; Guarino "leía" por las mañanas un autor latino, por las tardes uno griego. A medida que la preparación lingüística se perfeccionaba, se conocían nuevos autores y se escogían textos más especializados hasta llegar a las grandes filosofías de Platón y Aristóteles.

Digna, sin duda, de gran relieve en la escuela de Guarino es la apertura no sólo a los hijos de grandes familias, sino también a jóvenes modestos, que se convertirán a su vez en maestros, pero sobre todo queda en primer plano el basar toda preparación específica en una común formación humana. La universidad es una escuela que forma especialistas: médicos, juristas, teólogos; en cambio, el "gimnasio" humanístico quiere suscitar en todos los hombres la humanidad: *hominibus humanitatem,* por citar las palabras mismas de Guarino. El estudio de las lenguas antiguas, de las obras maestras paganas, de las grandes obras de ciencia y pensamiento, unidas a la vida en común del *contubernium,* a los ejercicios armónicos del cuerpo, es preliminar a cualquier especialización; esto debe constituir la sustancia humana del hombre, la base común necesaria a la vida ciudadana, a la obra mundana.

Contemporánea a la de Guarino, la escuela de Vittorino de Feltre, situada en la *Giocosa* (la casa de los juegos), una finca puesta a su disposición por Gianfrancesco Gonzaga, marqués de Mantua, en 1423, está también dedicada a proporcionar enseñanzas "con toda amenidad" y en perfecta "libertad" a ricos y pobres. La enseñanza, dirigida siempre al conocimiento de las obras clásicas, está constantemente unida al ejercicio practicado como juego o competición, en una atmósfera de afectuosa familiaridad.

De nuevo en primer plano la preocupación humana: *Omnis humanitatis pater* es el lema grabado al dorso de una medalla en la que Pisanello reprodujo el rostro del maestro, y es probablemente aquí, en este ideal de educación universalmente humana, donde queda mejor expresado el significado del humanismo renacentista.

El éxito de estas escuelas, de estos colegios organizados por los humanistas, hizo sentir sus efectos en las viejas universidades, que lentamente fueron aceptando los nuevos métodos y los nuevos estudios.

Las disciplinas "reales", las matemáticas y la astrología, desbordan los límites angostos del *cuadrivium* medieval y toman un lugar prominente, al mismo tiempo que las investigaciones de "gramáticos" e "historiadores" como Valla o Poliziano asumen una importancia insospechada, incluso en el campo de las ciencias jurídicas.

Sin ninguna duda, la escuela humanística que caracterizó a Europa entre los siglos XVI y XVIII se empezó a definir en la Italia del siglo XV en el punto de confluencia entre la tratadística ético-política y la acción práctica de los nuevos maestros. Era aquella educación humana que antes que al especialista quería formar al ciudadano capaz de contribuir a la administración pública, dotado de las virtudes necesarias al regidor y al defensor de la patria. Era aquella educación que enseña, antes que cualquier otra disciplina, el oficio de hombre.

H.P.

En Roma se fundó también una Academia romana por Pomponio Leto, la cual empezó a funcionar ya a mediados del siglo XV. En Nápoles el rey de Aragón Alfonso V, el Magnánimo, demostró el mismo interés por apadrinar la cultura clásica renaciente que el que manifestaban los Médicis en Florencia. El famoso Pontano, cuyo nombre tomó después la Academia napolitana, sobrevivió a su señor, el rey Alfonso, pues no murió hasta el año 1503, dejando en Nápoles una escuela de poetas y eruditos comparable a la de Florencia. La Academia de helenistas, de Venecia, fue inaugurada en 1500, y el que puede considerarse como su fundador, Aldo Manuzio, ya pertenecía a otra época. Era un impresor famoso, del que hablaremos más adelante.



El cardenal Eneas Silvio Piccolomini, después papa Pío II, dirigiéndose al concilio de Basilea. Fresco de Pinturicchio en la catedral de Siena.

BIBLIOGRAFIA

Berenson, B.	*The Italian Painters of the Renaissance,* Londres, 1954.
Burckhardt, J.	*La cultura italiana del Renacimiento,* Madrid, 1946.
Ferguson, W. K.	*The Renaissance in Historical Thought. Five Centuries of interpretation,* Boston, 1948.
Garin, E.	*Il Rinascimento italiano,* Milán, 1941. – *Scienza e vita civile nel Rinascimento italiano,* Bari, 1965. – *Medioevo i Rinascimento,* Bari, 1954.
Hay, D.	*The Italian Renaissance in its Historical Background,* Cambridge, 1961.
Martin, A. von	*Sociología del Renacimiento,* México, 1946.
Sapegno, N.	*Historia de la literatura italiana,* Barcelona, 1964.
Vicens Vives, J.	*Historia general moderna. Del Renacimiento a la crisis del siglo XX,* Barcelona, 1968 (5.ª ed.).



Lorenzo el Magnífico, por Verrocchio (National Gallery of Art, Washington). Este escultor florentino sobresalió particularmente en los trabajos en bronce, al que infundió nerviosismo y profundidad.